

CAPÍTULO III.

INTERRUMPE LA CONVERSACION UN HUÉSPED INOPINADO,
QUE SE APARECE DE REPENTE: VUELVEN A ATAR EL HILO CON TODO
LO DEMÁS QUE IRÁ SALIENDO.

IBA á responder Fray Gerundio, cuando al revolver del cercado de una viña, por donde se atravesaba á *Trasconejo*, famoso sitio del monte de Balderas, se apareció un mocito, como de 25 años, con todo aparato de cazador crudo; redecilla con borla á medio casquete, tupé asomado con dos caidas de vuelvos, chambergo de cinta de plata y oro con su roseta, entre si trepa ó no trepa á la capa del chambergo, capotillo de grana hasta la cintura, chupa verde bien cumplida de faldillas, calzon de ante fino ajustado á la perfeccion, asomando por la faltriquera hasta bien entrado el muslo una cinta con sello y llavecita de reloj, botines de lienzo listonado de azul, que ni pintados, y sus zapatillas blancas, escopeta, bolsas, dos podencos y cuatro perdices que llevaba en una red de hilo harto bien tejida pendiente de un cordón de seda, que á manera de banda le cruzaba desde el hombro derecho hasta el ijá izquierdo: eso se supone.

Era un colegial trilingüe de la universidad de Salamanca, jóven, bien dispuesto, despejado, hábil, de

humor festivo y retozon, aunque algo vivo, osado y quisquilloso, más que medianamente instruido en letras humanas, y sobre todo en la retórica, á cuya cátedra era opositor, y aún habia leído una vez á ella. Llamábase *Don Casimiro*, y estaba de recreacion en Balderas, donde tenia casada una hermana muy de su cariño, y al cuñado no le faltaba un tris para ser corregidor de Villalobos. Aquella tarde habia salido á caza, y fatigado de la sed, iba por más pronto remedio á echar un trago de agua de las bodegas de Campazas, cuando al revolver del cercado se encontró con estos nuestros dos frailes. Conoció á Fray Blas, porque este, bien que mal, habia cursado en Salamanca, aunque Don Casimiro era niño gramático, y Fray Blas ya era colegial (así llaman á aquellos teólogos de receta, que van en tropa á escuelas mayores y menores.)

Apénas se vieron los dos, cuando recíprocamente se conocieron; y es que Fray Blas nada se habia mudado, porque tan calzado era de barbas, y cerrado de mollera cuando colegial, como cuando predicador mayor de su convento; atento á que cuando tomó el santo hábito, era ya entrado en mozancon. Por lo que toca á Don Casimiro, es cierto que aunque habia crecido mucho, y era hombre que ya se afeitaba á menudo, pero conservaba todavía el aire, las facciones de la cara, y cierta viveza de ojos, que le agradaban mucho cuando niño. Diéronse un estrecho abrazo, y después de aquellos afectos regulares de alegría, y de aquel monton de especies antiguas, que tocan de tropel dos conocidos antiguos en estos encuentros casuales, después de haberse santiguado

los dos media docena de veces con aquello: ¡Valgame Dios, que encuentro! ¡Quién me lo dijera! ¡Quién lo pensara! Sin omitir Fray Blas lo otro de: ¡Jesús, y qué crecido, y qué espigado, y qué hombre, y qué galán! venga otro abrazo, etc., le tomaron en medio los dos frailes y el predicador en pocas palabras, dió razon á Don Casimiro de quien era Fray Gerundio, de sus prendas, de sus talentos, del sermón que acababa de predicar, de los aplausos que habia merecido, del sermón de honras que le habian encargado, y en fin, de toda la conversacion que habian tenido los dos desde la salida del lugar, hasta el mismo punto del dichoso encuentro inclusivamente.

Hizo Don Casimiro un cumplido á Fray Gerundio muy cortesano, y habiéndole respondido éste con las voces que le deparó su bondad, su crianza y su cosecha, prosiguió inmediatamente sin detenerse: Señor Don Ramiro... Casimiro (interrumpió el Colegial,) para servir á V. Paternidad. Perdón V., continuó Fray Gerundio, que cuando le nombró mi amigo el predicador, estaba yo un tantico embobado y solo pude advertir, que su nombre de V. era un nombre acabado en *iro*. Pues, señor Don Casimiro, lo que yo iba á decir á Fray Blas, cuando nuestra buena suerte nos deparó la honrada vista de V. era que se me habia ofrecido un medio estupendísimo de predicar, aunque fuesen mil sermones, á todos los escribanos, que están comiendo la tierra: esto es, el ir discurrendo el sermón por todas y cada una de las fuentes, que llaman los retóricos *de la invencion*. Esa es mi comidilla, interrumpió el colegial, y toca Usendísima un punto en que puedo decir algo

con ménos desacierto; porque al fin esta es mi facultad. Si las fuentes de la invencion precisamente son diez, si son ménos ó son más es punto muy cuestionable, y no ignora Usendísima que le controvierten los autores. Ciceron en lo *de inventione*, señala algunos más. Nuestro Quintiliano en sus *Institutiones oratorias*, las redujo á ménos, y Cayo Longino en su *Tratado de lo sublime*, que anda traducido del griego en francés por monsieur Boileau, dice á mi ver con mayor acierto, que no se puede señalar el número de las fuentes de la invencion; porque serian más ó ménos, segun fuere más ó ménos la fecundidad ó fuerza imaginativa del orador. Pero no hay que detenernos en lo que no es del dia: importa poco que las fuentes sean diez ó sean mil; lo cierto es que solas diez fuentes en cualquier asunto pueden juntar un caudal oratorio tan copioso, que forme un rio navegable de elocuencia. ¿Y cuáles son estas diez fuentes donde Usendísima piensa hacer aguada para navegar felizmente por el proceloso mar de su parentacion?

Con licencia de V., el escribano, cuyas honras he de predicar, no era pariente mio, respondió Fray Gerundio. Pues digo yo, por ventura que lo fuese, replicó el colegial. Es que como V. dijo, eso de emparentacion, prosiguió Fray Gerundio, creí que me emparentaba con él. Sin más exámen, conoció Don Casimiro la probeza del fraile con quien trataba: pero disimuló cuanto pudo, y ya con algun conocimiento mayor del terreno, respondió: Usendísima ha padecido equivocacion, nacida sin duda de alguna distraccion involuntaria: yo no dije *emparentacion*,

sino *parentacion*. ¿Pues qué más dá uno que otro? replicó Fray Gerundio. Parece, respondió el vellecuelo del colegial, que Usendísima tiene gana de chancearse, y á mi costa quiere divertir la tarde: un hombre como Usendísima, que tiene noticia de la invencion y de sus fuentes, no puede ignorar, que Ciceron llama *parentacion á los difuntos*, el hacer honras por ellos; y de aquí se dice *parentacion* todo lo que se consagra á su memoria, ya sean ofrendas, ya elogios, ya oraciones, ya sermones. Como Fray Gerundio se vió tratar con tanto respeto (pues á la verdad era la primera vez, que habia recibido este tratamiento, y no dejaba de admitirlo con gusto y con continuacion), y como quedó un poco corrido de que le hubiesen cogido en aquel punto, resolvió disimular, y así dijo: Ya lo sabia yo; pero quise hacer el bobo, por tener el gusto de oír á V. Pues otra vez, replicó el fisgon del colegial, no lo haga Usendísima con tanta naturalidad, porque casi me lo hizo creer. Pero volviendo á nuestro propósito; ¿cuál es la primera fuente de la invencion que señala el autor de Usendísima?

La Historia, respondió Fray Gerundio. Tambien Quintiliano, dijo el colegial, señala esta por la primera fuente. No sé si me acordaré de sus palabras, porque ya hay algunos años que las encomendé á la memoria: hagamos la experiencia: *Imprimis vero* (pienso que ha de decir) *abundare debet orator exemplorum copia, tum veterum, tum novorum; adeo ut eo modo, quæ scripta sunt historiis aut sermonibus, veluti per manum tradita, quæque quotidie aguntur debeat nosse. Verum nec ea, quæ à clarioribus poetis*

ficta sunt, negligere. De suerte que Quintiliano desea en cada perfecto orador, no solo una noticia comprehensiva de la historia, de la tradicion y aún de los sucesos particulares que acaecen en su tiempo, sino que no debe despreciar aún las ficciones y las fábulas de los poetas más ilustres y más clásicos; porque todo sirve para exornar lo que dice con ejemplos antiguos y modernos.

Véslo, Fray Gerundio, véslo, interrumpió á esta sazón Fray Blas, lleno de gozo, y dándole una palmadita en el hombro izquierdo: mira como Quintiliano aprueba lo de las fábulas en los sermones y en las oraciones, segun el texto literal y terminante, que con tanta puntualidad acaba de referir Don Casimiro. ¿Y qué te parece, que el señor Don Casimiro es rana? Pues sábete que será bien presto catedrático de retórica en la universidad de Salamanca, como yo soy predicador mayor de la casa. Dí ahora á todos los magnates del mundo, y á cuantos maestros Fray Prudencios pueden tener las religiones mendicantes, monacales y clericales, que se vengán á contrarestar á Quintiliano.

Poco á poco, Reverendísimo Padre Fray Blas, atajó Don Casimiro. Quintiliano instruye á un orador profano, y no á un orador sagrado. Da reglas para los que han de hablar en las academias, arengar á los magistrados, hacer representacion al Principe en los tribunales; no se mete con los que han de enseñar al público desde los púlpitos. Es cierto que unos y otros pueden y deben usar de la Historia con moderacion y templanza; pero de la ficcion y de la fábula, solamente podrán valerse con mucho tiento;

así lo dá á entender el mismo Quintiliano, y sino repare Usendísima en que términos se explica: *Nec ea, quæ à poetis ficta sunt, negligere*. No dice que hagan estudio de las ficciones, sino que no las desprecien, y que no las olviden del todo. Pues si Quintiliano quiere que aún en las oraciones profanas se practique tanta circunspeccion en el uso de la fábula; ¿cuánto condenaria que se gastase, digámoslo así, á pasto en las oraciones sagradas que él no conoció? porque tuvo la desgracia de morir en el paganismo. Pero dejando á un lado esto, que no es de mi profesion, dígame Usendísima, Padre Fray Gerundio, ¿cómo ha de usar Usendísima de la retórica para el sermón del escribano?

Tan lindamente, respondió Fray Gerundio; lo primero, voy derechamente á buscar la palabra *Scriba*, y leyendo todo lo que dice de los escribas en la Biblia, se lo aplico ajustadamente á mi escribano. Después voy á consultar en un Tesouro lo que hay en latin por escribano, que á fé de hombre de bien no lo sé, porque no está obligado uno, aunque sea el mayor latino del universo, á saber como se llaman en latin todas las cosas. No se canse Usendísima, que yo se lo diré: Escribano y notario, en latin se dicen *tabellarius* y *tabellio* como quieren otros. Lindamente continuó Fray Gerundio; busco pues la palabra *tabellio* ó *tabellarius* en el *Thesaurum vite humanæ* de Bernin, y allí encontraré todo cuanto pueda desear sobre el tiempo, origen, progreso, variedad de fortuna, con otras tres mil curiosidades tocantes al officio de escribano, desde su fundacion hasta el tiempo en que escribió su *Teatro* devoto y pio Bernin, Arce-

diano de Amberes: si allí no encuentro esta palabra, que es muy posible, infaliblemente la he de hallar en el Calepino de Ambrosio, ó aumentado por Paseracio.

Tenga Usendísima, interrumpió el colegial, y deme su permission para hacer una pregunta: ¿qué entiende Usendísima, por ese modo de citar semejante Calepino? Se me representa una cosa parecida á la carabina de Ambrosio. Cierto, señor colegial, que es muy honda la pregunta, respondió Fray Gerundio, no sin hacer algun gesto desdeñoso; cualquier mero gramático sabrá satisfacerla; pues saben hasta los menoristas, que Calepino es una palabra griega, hebrea ó moscovita, que en eso no me meto, que significa lo mismo que diccionario ó vocabulario, en él que siguiendo el alfabeto se va discurrendo por todas las palabras latinas, y se dice lo que significa en romance. Tras de esta respuesta, padre reverendísimo, respondió el colegial en tono sacudido, yo no extraño que los niños gramáticos ignoren lo que significa Calepino, cuando los reverendísimos padres predicadores no lo saben, Calepino no es voz griega, arábica, hebrea ni moscovita, sino puramente italiana: tampoco es título de la obra, sino nombre patronímico de la patria del autor. Este fué Fray Ambrosio Calepino de la Orden de San Agustin, llamado así porque fué natural de Calepio en Italia, ni más ni ménos como San Nicolás de Tolentino y Santo Tomás de Villanueva, religiosos del mismo Orden; porque el uno, aunque era natural del Angel, cerca de Tolentino en la Marca de Ancona, vivió 30 años en Tolentino, ciudad episcopal de la misma Marca

donde murió; y de esta larga residencia en este lugar tomó el nombre. El otro le tomó de Villanueva de los Infantes, donde se crió, aunque había nacido en Fuentellana, pueblo reducido, que dista tres cuartos de legua de aquella villa. Pues ahora, si uno cita los sermones de Santo Tomás de Villanueva, diciendo, se lee en Villanueva de Santo Tomás, ¿no sería cosa ridícula? Pues tan ridículo es, si no es más, citar á secas y sin llover el Calepino de Ambrosio, como si el autor hubiese puesto el título de Calepino de... y vea aquí Usendísima, como la pregunta tenía más orden que el que parecía. Ahora pase Usendísima adelante, que esto no ha sido más que una diversion.

Algo descalabradillo quedó Fray Gerundio de la refriega calepinal, y curándose lo mejor que pudo, prosiguió diciendo: Informado una vez de todo lo que traiga el Calepino ó diccionario de Paseracio, (que no hemos de reparar en quisquillas) acerca de los escribanos, tengo ya una buena provision de noticias antiguas para exornar mi sermón. No dejo de conocer que me hace falta un poco de erudicion moderna; pero ¿dónde la encontraré? ¿Ni quién pudo jamás soñar en escribir la historia de los escribanos? Sosiéguese Usendísima, interrumpió el colegial, que no es eso tan imposible como le parece á Usendísima: si hay historia completa y no mal escrita, por Juan Bautista Tiers de las pelucas y peluqueros; ¿por qué no la podrá haber de los escribanos? Y si de los libreros y encuadernadores, ¿por qué no de los escribanos? Padre reverendísimo, yo no puedo dar á Usendísima más noticia cierta de alguna de la histo-

ria de los secretarios de Estado, que de la del Señor Faluces Dutoe, que corre con aceptación.

Hombre de los demonios, exclamó á esta sazón Fray Blas, ese es un tesoro: ¡Historia de los secretarios de Estado! ¡ahí, es un grano de anís el librito! cosa más adecuada al intento era imposible hallarla, porque el escribano Conejo todo lo tenía, puesto que lo primero era secretario, y lo segundo de Estado, por estar casado *in facie eclesiástica*, con la Señora María Beltrana Pichona, por otro nombre, *la Roma*, que hoy es su viuda, y que lo sea por muchos años.

Reverendísimo maestro, dijo entónces Don Casimiro, cogiendo del brazo á Fray Blas, tenga por Dios, no se precipite, un tropiezo ha dado Usendísima, que no sé como no se ha deshecho las narices. Secretario de Estado, no es esto ni suena serlo, y confundir los secretarios de Estado con los escribanos reales numerarios ó de ayuntamiento, de las ciudades, villas y lugares, es un despropósito que solo la inocencia puede excusarle de grandísimo desacato. Secretarios de Estado y del despacho universal, son aquellos ministros superiores que despachan inmediatamente con los reyes, forman los decretos, autorizan los tratados, y expiden las órdenes á su real nombre, llamándose de Estado, porque solo tratan inmediatamente con el príncipe aquellas materias que pertenecen á él, sean ya políticas, ya de marina, ya de gracia y justicia, y ya tambien de la real hacienda, no son escribanos de oficio imponderablemente inferiores á su elevado empleo; y darles este nombre, sería una insolencia digna de mayor castigo, si no la

disculpara la ignorancia. Los otros escribanos públicos autorizados por el Consejo para servir al comun, aunque es oficio muy honrado, y le ejercitan muchos hombres de bien, están mucho más abajo, y no sé yo de que puede servir la historia de los secretarios de Estado, para las honras de un escribano real.

Señor Don Casimiro, replicó muy sereno el padre Fray Blas, como en mi religion no se leen gacetas, no estamos diestros en estas materias tan altas; mi intencion no fué ofender á nadie, habiendo oido toda mi vida llamar secretarios á los escribanos, y escribanos á los secretarios, creí que era lo mismo uno que otro, y harto seria que no lo hubiese errado el otro dia, que se me ofreció escribir una carta al secretario de cierto Señor Obispo, y puse en el sobre escrito á *D. Fr. N. tal escribano del Sr. Obispo de tal parte*. Pero la carta está ya en el correo, y si el secretario se riese, este buen rato más tendrá; sobre todo, el auditorio á quién ha de predicar el padre Fray Gerundio, tanto sabe de secretarios como yo; con que en hablando de secretarios, sean los que fueren, para él todo será á un precio, y yo confío que no ha de ir á examinar si viene ó no viene á cuenta la noticia.

Eso ya es otro cantar, dijo Don Casimiro, y no me toca á mí, que huyo de meter la hoz en mies ajena. Así pues, prosiguiendo adelante, dígame Usendísima; ¿cuál es la segunda figura que señala el autor de Usendísima? *Apologi et Parabolæ*, respondió Fray Gerundio, los apólogos y las parábolas. Pero ¿qué entiende Usendísima por parábolas y apólogos? Por lo que toca á los apólogos, respondió Fray Gerundio, confieso que todavía no he podido formar concepto

claro de lo que son; mas en cuanto á las parábolas, aunque tampoco sé definir las con precision, ya las entiendo con claridad, por las parábolas, que se leen en el Evangelio de la viña, de la higuera, de los talentos y otras.

Pues mire Usendísima, continuó Don Casimiro, apólogo y parábola, parábola y apólogo, allá se van en su significado: uno y otro quieren decir una semejanza y comparacion fundada en una cosa verosímil que se finge, para sacar de ella una sentencia ó moralidad cierta y verdadera, como cuando Menesio Agripa se valió de la parábola y del apólogo del cuerpo humano, para sosegar al pueblo romano, que se habia amotinado contra el Senado, y se habia retirado al monte Aventino; y Menesio con su apólogo le redujo otra vez á la obediencia de los padres conscritos. El uso de las parábolas es muy bueno, aún en los asuntos más sérios y más sagrados; basta haberle conocido en el ejemplo del mismo Cristo, para que todos le veneremos. Muchos Santos Padres le aplicaron con facilidad, y sabemos que San Gregorio Nacianzeno desterró la vanidad del Presidente Cláudio, con el glorioso apólogo de las golondrinas y cisnes. Mas en mi dictámen se ha de tener presente la juiciosa regla que dá el padre Nicolás Causino en su eruditísima obra *de Eloquentia sacra et profana*, libro IV, capítulo IV, por estas palabras: *Animadvertendum erit, ne parabola, seu apologi nimis crebri sint, sed cautè atquè appositè adhiberi oportet.* «Débense usar los apólogos con moderacion, con economía, y no con demasiada frecuencia.» Las voces para explicarlos, aunque puedan ser algo festivas,

nunca han de picar en graciosas ó chocarreras, porque entónces se convertiría en bufon ó en truan el orador. Finalmente los apólogos se han de proporcionar á toda la decencia que pide el asunto, el lugar y la persona. Todo esto es cierto; pero tambien lo es, que aunque los apólogos practicados con estas reglas, pueden ser muy útiles en asunto moral ó doctrinal, no sé yo como podrá Usendísima acomodarlos al sermon de honras de su escribano.

En este punto se me está ofreciendo uno, dijo Fray Blas, que si Fray Gerundio sabe bornearle, ha de venir á su sermon, que ni aunque le hubieran cortado para él, y no es ménos, que del mismo Demóstenes. ¿Y cuál es, Reverendísimo? prosiguió el colegial. Cual, respondió Fray Blas, el de aquel caminante que alquiló un burro en dos reales por cada dia para cierto viaje en rigor del Agosto; y como todas las mañanas hácia las diez le calentase el sol demasiadamente, él se apeaba y se tendía á la sombra del burro. Calló el dueño del jumento, y al tiempo de ajustar la cuenta, el que le habia alquilado le dió doce reales por seis dias de viaje. *Faltan otros doce*, dijo el alquilador. *¿Pues cómo?* replicó el caminante, *seis dias de jornada, á razon de dos reales, son doce cabales. Sí, señor*, respondió el alquilador, *faltan otros doce por la sombra del burro, puesto que el ajuste solo fué por el burro, pero no por la sombra.*

El apólogo es gracioso, respondió el colegial, y con efecto me acuerdo haberle leído en Plutarco, atribuyéndole á Demóstenes, quien con esa chanza despabiló la atencion del auditorio, que estaba distraído un poco. Pero no veo como el padre Fray Ge-

rundio lo puede aplicar á su escribano. Eso de los Cielos, respondió Fray Blas, tiene más que ponderar el desinterés y la limpieza del escribano Conejo, y decir que siempre perdonaba algo de sus derechos; porque aunque cargaba, como era razon, el coste del papel, plumas y tinta, sin olvidarse de prevenir al litigante que echase dos pesetas sobre la mesa para el escribiente, con todo eso, no obstante de que cortaba muy á menudo las plumas, nunca cargó ni aún un maravedí por las navajas; y aquí entra el apólogo del burro y de la sombra, que ni aunque le hubieran mandado fabricar de molde.

Sonrióse Don Casimiro, y continuando sus preguntas, dijo á Fray Gerundio: Segun el autor de Usendísima, ¿cuál es la tercera fuente de la invencion? Los adagios, respondió sin detenerse. Es fuente muy copiosa, añadió el colegial; pero Usendísima, ¿qué entiende por adagios? ¿qué he de entender? lo que cualquiera vieja de mi lugar. Adagios y refranes son una misma cosa; pues que preguntó Don Casimiro, ¿los refranes pueden tener lugar en algun género de sermones? Ahora salimos con eso, respondió Fray Gerundio, ¿y cómo qué pueden y deben tener lugar en ellos? No hay cosa que más los agracie ni que más los embellezca. Yo tengo algunos apuntamientos de adagios varios que he leído y oído en algunos sermones, los cuales verdaderamente me han suspendido, y pienso aprovecharme de ellos cuando me vengan á pelo. ¿Dónde hay v. gr. introduccion más magnífica para un sermon de honras, que la de un religioso grave en un sermon que predicó á un maestro de su orden, que se llamaba *Fray Eustaquio*

Cuchillada y Grande, cuando dió principio á su oracion fúnebre, diciendo: *¿Al maestro, cuchillada y grande?* Refran y equívoco que desde luego captó, no solo la admiracion sino el pasmo de todo el auditorio; y hoy es el día en que yo no acabo de aturdirme de tan bella introduccion. Pues de aquel divino asunto, que predicó un famosísimo orador, en las exequias de D. Antonio Campillo, párroco que fué en cierta iglesia, en cuyo campanario habia fabricado á su costa una aguja, fué pues el asunto: *El sastrero del campillo, que puso la aguja y el hilo*. Esto es ingenio, y lo demás parla, parla. Y el otro, que predicando el sermón del demonio mudo en tiempo de cuaresma, asistiendo el Santo Tribunal, dió principio con este oportunitísimo refran: *Con el Rey, y la Inquisicion, chiton*; añadiendo que por eso era mudo el demonio de que se hablaba en el Evangelio, porque estaba delante de la Inquisicion. ¿Párecele á V. que no podia predicar, aunque fuese delante del mismo Papa? Bastan estos ejemplares, y estoy pronto á dar á V., aunque sea un ciento de ellos, para que vea si los refranes pueden tener lugar en los sermones.

Yo, reverendísimo, tengo muy pocas barbas para meterme en asuntos tan hondos, y más no siendo de mi profesion, que se reduce á latinidad, retórica y belias letras, ó letras humanas por otro nombre. Sin embargo, como en Salamanca se trata casi por profesion con tantos hombres doctos, aseguro á Usendísima, he advertido más de una vez á varios padres maestros doctísimos de todas religiones, censurar mucho á los predicadores, que usan de los re-

franes populares y chabacanos en sus sermones. Los más templados dicen, que es una *insulsísima puerilidad*; otros se adelantan á calificarlo de *insigne mentecatez*; y aún no faltan algunos, que lo llaman *frenesí, locura, profanacion del púlpito*, y otras cosas de este modo: yo refiero, no califico. Lo que á mí me toca por mi profesion, es asegurar á Usendísima, que jamás entendí, lei ni oí, que otros entendiesen por el nombre de *adagios*, en cuanto fuente de la invencion oratoria ó retorical, lo que entiende Usendísima, esto es los refranes populares. ¿Pues qué se entiende por el nombre de *adagio*? replicó Fray Gerundio: Voylo á decir, respondió Don Casimiro.

Adagio y proverbio (que todo es uno) es una sentencia grave, digna, hermosa y comprendida en pocas palabras, sacada como del sagrado depósito de la filosofia moral: *Proverbium est verbum dignitatem habens, et tanquam è Sacro philosophiæ, unde antiquitatem trahit, deprumptum, æquo, gravi, et pulchro aspectu*. Por eso llamó Aristóteles á los proverbios, «Preciosas reliquias de la venerable antigüedad « preservadas en la memoria de los hombres, de la « lastimosa ruina que padeció la verdadera filosofia, « debiendo esta preservacion á su misma brevedad, « destreza y elegancia: » *Cum proverbium dicant Aristoteles et veteres philosophi, inter maximas hominum ruinas, intercedentes quasdam reliquias ob dignitatem posteris servatas*. Si no me engaño mucho, á esto se reducen los proverbios de Salomon, que distan infinitamente de ser refranes vulgares; siendo una coleccion de sentencias verdaderamente divinas, en-

derezadas todas á gobernar nuestras acciones por la regla de una perfectísima conducta cristiana, política y racional.

Muchos filósofos graves entre los antiguos se dedicaron á este género de sentenciaros, adagios ó proverbios, Crisipo, Cleantes, Aristides, Aristófanes, Eschines, Mison, Aristarco y otros, cuyas obras perecieron. Los más célebres que nos han quedado de esta clase, son los de Zenobio Rogeniano y Sivolas, de los cuales sacó Erasmo de Rotterdam todo lo que compuso acerca de los adagios griegos. Esto es, reverendísimo padre, lo que yo entendía hasta aquí, por el nombre de *adagios*; estos los que me parecían muy oportunos para exornar una oracion, tratados con parsimonia; pero pues que Usendísima entiendo otra cosa, no nos paremos, y vamos adelante.

CAPÍTULO IV.

OLVIDASE LA SED Á DON CASIMIRO, LLEGAN Á CAMPAZAS SIN SABER COMO; QUÉDASE ALLÍ EL COLEGIAL AQUELLA NOCHE, Y SE EVACUA EL PUNTO QUE SE TOCÓ, Y NO SE PROMETIÓ EN EL CAPÍTULO PASADO.

A la cuarta pregunta, que iba á hacer el señor colegial, hallaron todos no sin asombro, que estaban á la puerta trasera, esto es, á la puerta del corral de Anton Zotes; y es que el divertido de la conversacion los habia embelesado de manera, que piano á piano, y como dicen sin sentir, habian andado una buena media legua de camino, con sus paradas. Y lo más gracioso fué, que cuando llegaron al lugar, Don Casimiro no se acordó de que tenia sed; y como ya se habia puesto el sol, sin hacer mencion de agua ni de vino, quiso volver á Balderas: pero como tenia que andar una legua muy larga, y como iba ya anocheciendo, y era hombre de una conversacion divertida, no obstante los tajos y rebeses que con tanta urbanidad y bellaqueria descargaba con disimulo de cuando en cuando sobre los frailes, ambos le hicieron tantas instancias para que se quedase aquella noche, que al cabo lo redujeron bajo la precisa condicion, que se despachase luego un criado